

El Guardián de mi hermano



Luis Alberto Lacalle

Libro Digital de la colección exclusiva editada por





LUIS ALBERTO LACALLE HERRERA

Nacido el 13 de julio de 1941

Abogado y político.

Ha ocupado el cargo de Diputado y Senador.

Fue Presidente del Uruguay en el período 1990-1995

Ha sido investido Doctor Honoris Causa por la Universidad Hebrea de Jerusalén, Universidad Complutense (España), Universidad Nacional del Paraguay y Universidad Autónoma de Guadalajara, México.

Ha sido condecorado por los gobiernos de Argentina, Brasil, Paraguay, Ecuador, Chile y España.

En junio de 1993 el Presidente Lacalle fue impuesto como Caballero de la Gran Cruz de la Orden de San Miguel y San Jorge (GCMG) por parte de la Reina Isabel II de Inglaterra.

Actualmente desempeña el cargo de Senador de la República.

INTRODUCCION

En estas páginas se publican intervenciones en el Senado, discursos y escritos que pautan mis opiniones y actitudes sobre el pueblo de Israel, el sionismo, la discriminación racial y el antisemitismo. Son mi testimonio y mi compromiso.

L.A.L.H.

PRÓLOGO

Escribo estas líneas impresionado por el contenido de los textos que siguen. Son páginas que reúnen testimonios de quien fuera hace pocos años Presidente de la República Oriental del Uruguay, nuestro apreciado amigo Dr. Luis Alberto Lacalle quien, no solo continúa batallando en la lid política de nuestro país, sino también en el campo ético-moral de las inquietudes humanas en general. El Dr. Lacalle enraíza tales valores que él invoca insistentemente, en el “*allá lejos y hace tiempo*” pero que no han perdido frescura, sino todo lo contrario. Son enseñanzas de una actualidad y una necesidad tremendas, más acuciantes que nunca y se trata, ni más ni menos, que dignificar la vida del ser humano para, precisamente, ser humano.

El Dr. Lacalle va a las fuentes y se nutre de ellas: los Mandamientos de Moisés, las visiones y exigencias de los Profetas de Israel, las prédicas de Jesús, todo ello conformando un legado judeo-cristiano que apunta a dignificar la vida del hombre mediante un mundo de paz, colaboración mutua y respeto al prójimo.

Son enseñanzas que vienen de muy lejos en el tiempo pero buscan una entrada en la mente y en el corazón de cada persona en todos los tiempos, y muy especialmente en los actuales, que han visto en sin par salvajismo del Holocausto, en que se ha asesinado a millones de personas sin culpa alguna, sino solamente por haber nacido, que es precisamente lo más involuntario en la vida de un ser humano.

El Dr. Lacalle cita en repetidas ocasiones la suprema crueldad de los campos de exterminio simbolizados en Auschwitz. Quedaron muy atrás la piedra, la flecha, la lanza, la espada, el fusil. Subieron al terrible escenario las cámaras de gas y los crematorios, la maldad en la cumbre de su siniestra eficacia.

El autor se detiene con estremecimiento en su recuerdo personal de haber integrado la *Marcha por la Vida* de Auschwitz, recientemente, y comparte con nosotros sus reflexiones. Insiste en la respuesta de Caín: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” y el autor clama que en todos los tiempos, en todas las latitudes donde un hombre corre peligro por razones de cuna, pertenencia, color, religión, la respuesta debe ser: “¡Sí, soy el guardián de mi hermano”!

El Dr. Lacalle evoca en sus artículos y discursos su emoción al llegar a Jerusalén, la movilización que logró mayoría para anular en las Naciones Unidas la calumniosa resolución de “*Sionismo es racismo*”, la memoria del Holocausto, los inmigrantes del Viejo Mundo, de variadas latitudes, que en tierra uruguaya renovaron sus vidas en democracia e igualdad, etc. Hay una respuesta que a través de las generaciones no debe silenciarse: “Sí, soy el guardián de mi hermano”.

Este es el mensaje que el Dr. Lacalle imprime en los siguientes textos. Fue el primer mandatario a nivel mundial que estuvo entre los miles que integraron la *Marcha por la Vida* en Auschwitz, ya apagados sus hornos crematorios, y nos hace partícipes de su rebelión íntima que no se apaga. Menciona otros terribles casos de injusticia que no deben olvidarse, entre ellos el genocidio armenio.

El autor, bien lo sabemos, es un hombre de lucha y pasión en el quehacer político de nuestro país, pero no es la faz de la polémica y la controversia inter partidarias la que hoy nos interesa, sino el mensaje que vibra en las páginas que siguen, más allá de partidos y de fronteras, en una causa que no tiene color específico de nadie en particular sino de la Humanidad en general, vista desde una óptica que caracteriza al Uruguay y su gente, que hemos aprendido a valorar ya desde los bancos de escuela.

José Jerozolinski

TRES MOMENTOS

Noviembre de 1983

Gabriel Azulay descorre los cortinados de mi habitación en el Hotel King David de Jerusalén. La puesta del sol otoñal tiñe de oro las piedras de la Ciudad Santa que se muestra, deslumbrante, ante nosotros. La brisa de la noche que se insinúa mece los cipreses donde bullangueros pájaros se aprestan a dormir.

Una a una, mi guía y amigo va develándome las referencias del paisaje. La Tumba de Absalón, el Valle de Josafat, el Huerto de los Olivos. En la memoria centellean imágenes, nombres y personajes unidos a los más antiguos recuerdos. Junto a las bases de mi fe reaparecen vivencias muy viejas.

“Absalón, Absalón, ¡hijo mío!” y la voz del Rey David vuelve a mi mente junto a la ilustración del libro de Historia Sagrada con el desdichado príncipe viendo su cabellera enredada en las zarzas que lo pondrán a merced de sus perseguidores.

“Señor, ¡aparta de mí este cáliz!” y la imagen sufriente de Jesús en la hora de angustia máxima, en el Huerto.

Aprovecho al máximo el ángulo de visión. Todo lo que veo o intuyo golpea la memoria. Casi tres mil años de mi vida como integrante de la civilización judeo-cristiana se asientan en esos muros.

“¡Ya están pisando nuestros pies, tus umbrales Jerusalén!”

Momentos más tarde escribo a mi madre: *“todo mi ser cristiano y occidental se estremece ante el contacto con su raíz judaica y oriental”...*

Abril 1994

Los campos de exterminio, Auschwitz, Birkenau, Treblinka, son la objetivación del mal. Si en alguna referencia material puede haber de la presencia del espíritu maligno entre nosotros, es en esos terribles monumentos al odio. Son episodios perturbadores los que vive quien los visita. Los sentimientos que ahogan el alma no son gratos. Si en algún momento de la vida se aproxima uno al agotamiento de la caridad, si en alguna circunstancia se secan las fuentes de la comprensión y del perdón, es ante esa monstruosa industrialización del exterminio. Vacila el lenguaje, muere la esperanza en la humanidad y si se atina a rezar no es al Dios misericordioso y justo sino que la invocación va hacia el Dios vengador, el Yavé Tzavaot, el Dios de los Ejércitos, tremendo en la cólera y en el castigo.

Nos hemos congregado –más de seis mil- para marchar desde Auschwitz hasta Birkenau, unos cuatro kilómetros. Se trata de la “**Marcha por la Vida**” y se me ha honrado al ser el primer mandatario invitado a que la encabece.

Bajo el infame letrero “Arbeit macht frei” (el trabajo os hará libres) y junto a las alambradas de púa que, en su tiempo, estuvieron también electrificadas, la comitiva oficial se ha congregado. Nieva silenciosa y persistentemente en una mañana gris, doblemente triste. El sonido ronco del shofar llama a la atención. En uno de los barrancones, a nuestro costado, ampliada, luce la foto infame de la “orquesta” de presos que, enfundados en sus uniformes a rayas y escuálidos de hambre eran obligados a tocar en siniestra sinfonía. Entre los fantasmagóricos ejecutantes hay un violinista...

Hoy, a cincuenta años de esa foto, debajo de la misma, en el mismo lugar, un hombre viejo rasca las cuerdas de su violín. No sigue melodía reconocible, sólo desliza su arco cadenciosamente. Está bajo la foto. Toca su violín. Está vivo...es el mismo. Sobreviviente del infierno, viajero a través de medio siglo ha venido con su violín y su música. El es el

vencedor. El Reich siniestro ha desaparecido y ceniza ignota son sus cabecillas. Ha desaparecido para siempre el tremendo poder militar y los campos de exterminio son museos. Pero él vive. Vive y toca violín.

El es el vencedor...¡Lejaim! ¡Lejaim!

Abril 1995

El arzobispo de París, Cardenal Monseñor Jean Marie Lustinger nos ha hecho el honor de recibarnos. Hemos querido conocer a este singular personaje religioso que, siendo nieto de un rabino, se ha convertido en Príncipe de la Iglesia Católica.

Su tránsito de fe lo convierte en un símbolo de aproximación judeo-cristiana que hoy concreta el anhelo de quienes nos entusiasmanos por ese reencuentro.

El diálogo fácilmente va hacia los niveles superiores del espíritu y nos envuelve un sentimiento íntimo de paz y concordia. Antes de partir le pedimos la bendición. No traza para ello la cruz en el aire, nos impone las manos, a la usanza de Antiguo Testamento, mientras implora al Todopoderoso sus bendiciones sobre nosotros y los nuestros...

Momentos más tarde, ya fuera de su residencia, leemos la dedicatoria que ha inscrito en el libro que nos regalara. “Dieu est fidele”, “Dios es fiel”. ¡Extraño adjetivo para referirlo a la divinidad! Sin embargo tiene viejo cuño bíblico. El Dios fiel a su pueblo, fiel a su palabra, a su compromiso. Lento en la cólera, pero rápido en el perdón. El que cumple y cumplirá sus promesas, el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. El Dios misericordioso que, al final de los tiempos, nos espera. Dios es fiel...

GENOCIDIO DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

CÁMARA DE SENADORES, 13 DE MAYO DE 1987

Tiene la palabra el señor senador Lacalle Herrera.

Señor Lacalle Herrera.- Señor Presidente: en el año 1944 en el pequeño pueblo de Izeu, cerca de Lyon, una niña llamada Lillane Gerenstein dirigía una ingenua carta a Dios diciendo “ *es gracias a ti, Señor, que he disfrutado de una linda vida, que he sido mimada, que he tenido lindas cosas, cosas que otros no tienen. Dios manda de vuelta a mis padres, protégelos para que pueda volver a verlos lo más pronto posible, hazlos volver una vez más a mí para que pueda volver a decir que tengo una tan buena madre y un tan buen padre. Tengo tanta fe en ti que te agradezco de antemano* ”.

Un documento del mismo tenor se firmaba en esos días en el mismo pueblo. El comunicado decía: “*Esta mañana el Hogar de Niños Judíos, Colonia de Niños Izeu han sido deportados 41 chicos de edades que oscilan entre tres y trece años, que allí fueron capturados. Aparte de ello, ha tenido lugar el arresto de todo el personal judío, tratándose de 10 individuos, entre los cuales se encontraban cinco mujeres. No fue posible requisar dinero ni objetos de valor. El transporte para Drancy tendrá lugar el 4 de este mes. Firmando Klaus Barbie*”.

Cuando uno se enfrenta, señor Presidente, al episodio del holocausto, las cifras con las que el mismo se cuantifica, anestesian la posibilidad de darse cuenta que es un genocidio. Cuando se habla de millones de personas

uno pierde la noción de los rostros, de las peripecias individuales, de los quereres y las esperanzas que hay en cada uno de los seres humanos; pero cuando los episodios –mirados con lupa- se vuelven hacia los individuos, hacia cifras escasas y se identifican algunos de los partícipes –como se ha hecho con dos- uno cobra dimensión de las tragedias que ha vivido nuestro Siglo XX.

En estos días, señor Presidente, en la ciudad de Lyon se ha iniciado el juicio a esta persona que responde al nombre de Klaus Barbie –llamado asimismo Klaus Altman- acusado de haber ejecutado cuatro mil personas y haber deportado siete mil quinientos judíos de la zona de Lyon.

Ello ha puesto de manifiesto nuevamente éste y muchos otros episodios con que lamentablemente el siglo XX ha mostrado que desde Caín y Abel para acá terrorífica y siniestramente hemos adelantado. Religiones contra religiones, razas contra razas, pueblos contra pueblos, hermanos contra hermanos, en Sri Lanka, en Medio Oriente, en Centro América, en todas partes los hombres se matan unos a otros, pero en medio de todo ese horror se destaca siempre esa sucesión de atrocidades con mayúsculas que constituyeron el holocausto y respecto del cual hoy la humanidad vuelve a vivir, en extremos concretos pero no menos horrorosos en este juicio que se está comenzando a celebrar en el hall principal de la Suprema Corte del Tribunal de Lyon.

Nosotros, señor Presidente, con esta intervención hemos querido, una vez más, poner de manifiesto esto, para que nadie olvide. Tan es así que en pequeñas ciudades de Inglaterra, muchos de los monumentos de la guerra de 1914 dicen “*lest we forget*”, esto es, “*Para que no olvidemos*”. Aquí no se trata del enjuiciamiento de un país contra otro, de hacer recaer sobre una nación ningún tipo de responsabilidad, pero sí sobre toda la humanidad que puede llegar a estos abismos. Y todo esto vuelve a ocupar un lugar en las primeras planas de los diarios. Tal como decía al principio, cuando se identifican en seres humanos, la tragedia cobra una dimensión mayor.

Era cuanto quería manifestar.

SIONISMO Y RACISMO

Resolución 3379 de Naciones Unidas

CÁMARA DE SENADORES, 9 DE SETIEMBRE DE 1987

SEÑOR PRESIDENTE.- Se entra en la hora previa.

Tiene la palabra el señor senador Lacalle Herrera.

SEÑOR LACALLE HERRERA.- En el mes de noviembre de 1975 las Naciones Unidas aprobaron una declaración en la que se establecía la equivalencia entre el sionismo y el racismo. Dicha resolución –la N° 3379 fue votada afirmativamente por distintos bloques que se conoce que operan dentro de las Naciones Unidas y reflejaba en sus considerandos, la declaración que en la ciudad de México se aprobó el 19 de junio de 1975, durante la realización de la Conferencia sobre la Igualdad de las Mujeres y su Contribución al Desarrollo y la Paz. Allí, repito que esta Conferencia sirvió de preámbulo para la declaración de la Asamblea General de las Naciones Unidas, se votó, en México, un párrafo que cito textualmente: *“Subrayó el principio que la cooperación internacional y la paz requieren la liberación e independencia nacional, la eliminación del colonialismo, el neocolonialismo, la ocupación foránea, el sionismo, el apartheid y la discriminación racial en todas sus formas, así como también el reconocimiento de la dignidad de los pueblos, su derecho a la autodeterminación”*. Aquí finaliza la cita. Teniendo en cuenta estos y otros antecedentes, la sesión plenaria del 10 de noviembre de 1975,

resolvió y cito nuevamente, “*que la Asamblea General determina que el sionismo es una forma de racismo y discriminación social*”. No quiero, señor Presidente, entrar, porque el tema es extenso y es demasiado exiguo el tiempo que tenemos, en la refutación de lo que tiene de esencialmente falaz, una decisión de carácter político-internacional que equivalga un movimiento de carácter político con “*política colonialista, neocolonialista o el racismo*” que se practica en Sud África. Esta resolución que lleva el N° 3379 de las Naciones Unidas, es algo que nosotros, personalmente, consideramos, no solo profundamente injusta, sino falaz en el propio razonamiento en el que está basada. Basta leer el párrafo a que hemos aludido para que se advierta que poco puede tener en común la política de discriminación legalizada y constitucionalizada en el sur de África, con el sionismo; o la política, sobre la cual se podrá tener la opinión que se quiera, pero que indudablemente en esta oportunidad es utilizada como una más en las piezas del ajedrez internacional y en este contexto es que hay que mirar la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Solicitamos, señor Presidente, que la versión de nuestras palabras sea enviada al Ministerio de Relaciones Exteriores.

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar la moción del señor senador Lacalle Herrera en el sentido de que la versión de sus palabras se pase al Ministerio de Relaciones Exteriores.

(Se vota)

-15 en 15. ***Afirmativa.*** UNANIMIDAD

CÁMARA DE SENADORES, 1º DE OCTUBRE DE 1987

SEÑOR LACALLE HERRERA.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR LACALLE HERRERA.- Señor Presidente: aunque es notorio que la incidencia parlamentaria va a concluir con las exposiciones que se han efectuado, queremos agregar nuestro punto de vista sobre el tema porque, por una razón u otra, se ha entrado a hacer un análisis de situaciones internacionales respecto de las cuales tenemos opinión.

Recordará el Senado que en 1985 levantamos nuestra voz en Sala para hacer una crítica a la política sudafricana del “*apartheid*”, que en el mismo año, mencionamos y obtuvimos la voluntad del Senado en el sentido de que se enviara una nota a la Cancillería, destinada a acentuar la posición de la República respecto del genocidio armenio, especialmente eficaz por cuanto las Naciones Unidas lo calificó de esa manera en la sesión siguiente de su Asamblea General.

Por consiguiente –y muy brevemente, señor Presidente- queremos agregar que la preocupación por los judíos residentes en la Unión Soviética es importante y legítima y que levantamos nuestra voz en su apoyo. Creemos que la situación de estas personas no es la que debe ser en cumplimiento de los tratados internacionales, ni siquiera del Tratado de Helsinki, sobre cuyo “monitoreo” –si es que la palabra cabe y no ofende el idioma castellano-, se ha formado en la propia Unión Soviética un comité integrado por ciudadanos de origen judío perseguidos por el solo hecho de

intentar una evaluación del cumplimiento del Tratado de Helsinki que, entre otras cosas, garantizaba el libre tránsito y la libre emigración de las personas. Es cierto –sigue siendo cierto– que quienes piden su pasaporte, por ese solo hecho son privados de sus cátedras, no pueden estudiar más, deben enajenar sus bienes y son sometidos a esperas que duran años y años, al punto de que son noticia cuando logran trasponer esas barreras y llegar a su tierra Israel.

Estimo que podemos dejar este tema para que sea tratado en el Senado en algún momento en que el Cuerpo quiera profundizar sobre él. En este año se cumplen 70 años de la Revolución Soviética, y sin lugar a dudas habrá polémicas y conmemoraciones que podrán dar lugar a que todos emitamos nuestros juicios sobre ese importante hecho histórico. Es a cuenta de esas afirmaciones que queríamos dejar expresada nuestra opinión.

CAMARA DE SENADORES, 9 DE AGOSTO DE 1988

SEÑOR LACALLE HERRERA.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Esc. Dardo Ortiz).- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR LACALLE HERRERA.- Señor Presidente: tal como se ha señalado, en el mes de agosto de 1986, sin representación partidaria oficial ni siquiera del Senado –pero integrando una calificada delegación de legisladores y ex gobernantes, tuvimos el gusto de asistir, en la ciudad de Porto Alegre, a una reunión de la que ya se ha informado. Sin embargo, conviene recordar que dicha delegación estaba compuesta por nuestro estimado e inolvidable amigo el extinto señor senador Paz Aguirre, por los señores senadores Martínez Moreno y Ferreira, el ex Presidente del Consejo nacional de Gobierno, doctor Washington Beltrán, el Presidente de la Unión Cívica, doctor Humberto Ciganda y por el señor representante por el Partido Colorado, escribano Guillermo Stirling.

En aquella oportunidad, dirigentes políticos del Brasil, Uruguay, el Paraguay, la Argentina y Chile consideramos la Resolución 3379 (XXX) de las Naciones Unidas que ha dado lugar a tantas controversias y a la que hoy se ha dado un tratamiento especial colocándola en primer término del orden del día del Senado.

Al mes siguiente de haber llegado de Porto Alegre, en la hora previa planteamos que se pusieran en marcha los mecanismos del Senado tendientes a hacer efectivo el compromiso que habíamos asumido en esa ciudad de que, de acuerdo con lo que estuviera a nuestro alcance, íbamos hacer lo posible para que esa Resolución al menos fuera sondeada por el Senado uruguayo, cuando no rechazada o sustituida por otra. Esos fueron los episodios ocurridos.

Sin embargo, no podemos emitir un voto –que, por cierto, desde ya adelantamos que es favorable al informe en mayoría- sin fundarlo, aunque no sería necesario ya que se sabe cómo pensamos desde el punto de vista político, religioso y laico. Pero creemos que habrá que hacer un análisis de la totalidad de este tema.

Las Naciones Unidas corren el riesgo de seguir el camino de la Liga de las Naciones por distintos motivos. Esta última fue el obstáculo de papel que no pudo detener, en la década del treinta, los acontecimientos internacionales. Para quienes somos escépticos respecto de los organismos internacionales, fue la confirmación de que la buena voluntad y los papeles poco pueden hacer cuando las ambiciones imperialistas o de las grandes potencias se ponen en marcha. Fue necesario todo el proceso bélico de la Segunda Guerra Mundial. La Carta de San Francisco intentó, una vez más, la aventura de establecer un orden jurídico internacional en el que primaran las razones y el derecho.

La euforia posterior a la fundación hizo creer por un tiempo que esto era posible, pero por distintas razones, sustancialmente diferentes a las de la decadencia de la Liga de las Naciones, indudablemente de las Naciones Unidas van sumiéndose en un campo de descrédito que las convierte en un foro al que cada vez se le da menos importancia. La aparición de bloques que votan en forma homogénea –en este momento, deben ser algo más de 150 las naciones que están allí representadas- ha vuelto prácticamente automáticas las resoluciones. Pero aún dentro del contexto de saber que es así, cuando se llega, en noviembre de 1975, a aprobar la Resolución 3379, a nuestro juicio se produce una verdadera perversión no sólo de la finalidad de las Naciones Unidas de la Carta de San Francisco y de la cantidad de papeles que allí se han firmado al respecto, sino que se va más hondo porque se comienza a transitar un camino más grave, que es el de cambiar

el sentido de las palabras. Si algún día estas dejan de representar verdad, no la habrá.

Cuando esta resolución precedida de una serie de reuniones determina que el sionismo es una forma de racismo, no solo dice algo que no es cierto, sino que le da a las palabras un contenido totalmente inverso al que le es esencial. Si bien no estamos aquí para hacer filosofía, ni religión ni para tratar temas políticos conexos –quizá algunos señores senadores estén tentados de hacerlo- sino que estamos considerando la resolución y nuestra opinión sobre ella – no estamos tratando el tema del Estado de Israel, ni su política exterior ni el Medio Oriente.

SEÑORICALDONI.- Apoyado

SEÑOR LACALLE HERRRERA.- No me cabe duda que esta resolución es una tergiversación de los términos históricos, jurídicos y aún lingüísticos, todo lo que merece una más detallada consideración de nuestra parte.

En definitiva, señor Presidente, hay que aventar una serie de preconceptos tan viejos como el mundo, como así también de persecuciones y de diferencias tan antiguas como lo es nuestra civilización cristiana.

En primer lugar, el concepto de raza es totalmente ajeno al de la nación judía. Nunca olvidaré el espectáculo más vívido para demostrar ese aserto que conocí una vez en el Instituto de la Diáspora de Tel Aviv, donde en unas pantallas automáticas aparecían y desaparecían rostros diversos del pueblo de Israel, que no es una raza como se dice muchas veces en forma ligera, que si incorporan al análisis de temas como éste un elemento que parecería ligar genéticamente a una serie de personas. Y no es así, ni siquiera la existencia del propio pueblo que en la tierra prometida asentó sus reales, ni siquiera a Abraham a quien los católicos invocamos en nuestras oraciones dominicalmente. No hay un solo principio genético: hay una conjunción de pueblos y de tribus que en aquel lugar del mundo resolvieron constituirse en Estado y que vivieron las pericias que todos conocemos.

De manera que usar la palabra racismo ya ni siquiera es establecer que se practica una separación entre razas, sino que es ignorar que no existe una raza judía; lo que hay es una nación judía.

Además debemos decir para quienes somos nacionalistas, el empuje político de ese pueblo disperso por el mundo, que primero estuvo encarnado por Theodore Herzl, quien tuvo la visión de reconstruir el Estado de Israel, es algo que nos llega muy de cerca. ¿A qué se debe la obsesión de “el año que viene en Jerusalén” y qué se trasmite desde hace dos mil años generación tras generación?

El Movimiento Sionista -que es un movimiento patriótico de un pueblo, que no es el nuestro, pero, en el que reconocemos, en su ansia de patria, nuestra propia manera de sentir- tiene sus características políticas, que nosotros compartimos.

La noción de vincular un movimiento de retorno, de liberación –si es que aún esta palabra no está pervertida, pues lamentablemente a veces no se puede utilizar en su verdadera acepción- que se llevó a cabo bajo el nombre de Sionismo, busca en lo secular el restablecimiento de un Estado que, por supuesto, no es uno cualquiera. Es un Estado cuya existencia y base conceptual se vinculan al gran tronco formado por las tres religiones fundamentales de la humanidad, llamados pueblos del Libro y de los que provenimos los cristianos, mahometanos y judíos. No debemos olvidar que el Dios de nuestros padres, es el Dios de Abraham, de Isaac y de Ismael; ese hecho hace que tengamos una raíz común con los pueblos de Medio Oriente.

Ese Movimiento que lucha durante muchos años sin que su fundador llegue a ver su culminación, establece ese Estado cuando se efectúa la partición de Palestina en el año 1948. De ahí en adelante se desarrollan algunos acontecimientos, que, repito, no son los que vamos a tratar en el día de hoy, pero que, desde todo punto de vista, han representado denegar ese hecho político, hoy día irreversible que nadie nunca podrá borrar, no se ha podido hacer por la fuerza –aunque siempre ha sido numéricamente superior –ni tampoco se podrá hacer conceptualmente en la medida en que haya gente que siga pensando que ese es un episodio de liberación política y de reafirmación de una identidad nacional que todos debemos respetar.

En algún momento nos tocó opinar sobre este tema y precisamente también apelamos a eso que mencionábamos al principio: hasta qué punto será posible que se tergiversen los conceptos y hasta qué punto la verdad estará prisionera no ya de las opiniones, sino de que sea dada vuelta como un guante. Por eso es que vamos a dar nuestro voto favorable a esta declaración del Senado. Creemos que con esto el Uruguay no retoma sino que simplemente continúa una manera de ver este problema. Pensamos que nuestro país tiene que mantenerse en esta posición internacional que lo ha llevado a votar en contra de esta resolución y que ello le hará bien a la República, más allá de las consideraciones de política exterior del juicio que merezca la del Estado de Israel y de las opiniones que se desprendan de la situación del Medio Oriente, temas que hoy, repito, no están en cuestión.

Es para mí, señor Presidente, además del punto de vista personal, el cumplimiento del compromiso asumido en Porto Alegre. Para quienes tenemos raíces hondas en el Sur de España, en la tierra de Andalucía es, también, retomar el concepto del reencuentro entre lo español y lo judaico, la sensación de que todo lo que Maimónides y Yehuda ha-Levi y tantos otros incorporaron a nuestra tradición única española enriqueciéndola, de alguna manera modestamente, pueda uno revertirlo después de las atrocidades que también en la Península Ibérica se cometieron contra el pueblo judío.

Es por ello, señor Presidente, que apelando a esas creencias, a esos orígenes comunes, a la escritura que aprendimos a leer desde niños, vamos a dar nuestro voto a favor de esta declaración para que sea también para nosotros advertencia de “que se seque nuestra diestra un día te olvidamos, Jerusalén”.

---0---

SEÑOR LACALLE HERRERA.- ¿Me permite una interrupción, señor senador?

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO.- Con mucho gusto se la voy a conceder al señor Senador y después voy a solicitar que me dejen

continuar. Yo no he interrumpido a nadie y voy a pedir que se proceda de la misma manera conmigo.

SEÑOR PRESIDENTE.- (Dr. Américo Ricaldoni). Puede interrumpir el señor Senador.

SEÑOR LACALLE HERERA.- Le pido disculpas al señor Senador Rodríguez Camusso por la interrupción. Había anotado varios puntos sobre los cuales deseo hablar, pero sobre este tema quiero informar –creo estar más informado que los demás- que ha sido suprimido del misal católico en la época de Juan XXIII toda referencia de este tipo, así que lo que él ha expresado no es más que algo histórico. Digo esto sin perjuicio de otras intervenciones que tendremos después comentando sus palabras.

LA LIBERTAD DE JOSEF LATINSKY

En setiembre de 1988 dirigentes de la Colectividad en Montevideo propusieron a distintos líderes políticos realizar gestiones de diversa índole para lograr la salida de familias judías de la Unión Soviética. Consideré que el mecanismo más directo y adecuado era el dirigirme al Secretario General del Partido Comunista Dr. Mijail Gorbachov. Así lo hice mediante la carta que transcribimos a continuación. El Sr. Latinsky salió de Leningrado y si bien no realizó la “*aliá*” volviendo a la tierra de Israel, hoy vive libre con su familia en California.

---0---

Montevideo, 3 de Octubre de 1988

Señor Secretario General del
Partido Comunista Soviético
Dr. Mijail Gorbachov
Presente.-

De mi mayor consideración:

En Octubre del año pasado el Ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, Sr. Eduard Schevernadze visitó nuestro país y mantuvo conversaciones con representantes de la colectividad judía del Uruguay sobre la situación de los judíos en la URSS. De común acuerdo se organizó una visita a la Unión Soviética para entrevistar a ciudadanos judío-soviéticos que encuentran dificultades para emigrar de dicha nación.

Entre ellos se encuentra la familia de Josef Latinsky compuesta por su esposa Olga Victotovna y su hija Anna que viven en la ciudad de Leningrado.

Distintos dirigentes políticos uruguayos hemos resuelto vincularnos a la distancia con quienes no conocemos personalmente pero a quienes deseamos apoyar espiritualmente. En mi calidad de Senador de la República pero aún más de simple ciudadano uruguayo, me permito dirigirme al Señor Secretario con la finalidad de solicitarle que disponga lo necesario para que el Sr. Latinsky y su familia puedan culminar exitosamente los trámites que les permitan viajar de la Unión Soviética.

La opinión pública de todo el mundo Señor Secretario, ha comentado favorablemente el proceso de modernización y apertura que usted ha iniciado en la Unión Soviética. Sin lugar a dudas dicho proceso constituye un invalorable aporte en pro de la paz mundial y el mejor entendimiento entre los pueblos.

La posibilidad de que ciudadanos judío-soviéticos puedan viajar libremente será sin duda un factor de fortalecimiento y reafirmación de la política que usted está llevando a cabo. En mi nombre, en el de los ciudadanos que me acompañan políticamente y en el de la colectividad judía del Uruguay agradezco al Señor Secretario las medidas que pueda disponer para el cumplimiento de este noble fin.

Agradeciéndole su atención, saludo al Señor Secretario con mi mayor consideración.

Luis Alberto Lacalle Herrera

---0---

Montevideo, October 13, 1988

Mr.

Josef Latinsky

URSS

Dear Mr. Latinsky:

Even if I do not have the pleasure of knowing you personally, I have heard of you and your family through the Jewish Community in Uruguay.

They told me about the difficulties you have found in obtaining a visa to travel abroad.

I visited the Soviet Ambassador and gave him a letter addressed to the General Secretary of the Communist Party, Mr. Gorbachov asking him to help you.

I do hope meet you someplace, sometime.

My son John sends his own letter for your daughter. Both have the same age...

God bless you. Yours.

Luis Alberto Lacalle Herrera

---0---

Montevideo, 22 de Diciembre de 1988

Sr. Senador Luis Alberto Lacalle Herrera

Dr. Luis Alberto Lacalle Herrera

Estimado Señor Senador:

Tengo el honor de dirigirme a Ud. y con relación a su cuarta sobre la situación de algunos ciudadanos soviéticos de nacionalidad judía informarle lo siguiente:

En el marco del progreso de la URSS por el camino de la creación del Estado Socialista de Derecho está tomando la decisión sobre cancelación de restricciones de la emigración del país por las razones de la seguridad para G. Reznikov, O. Mendelev, Y. Dosharovvsky, E. Nadgorny, J. Khasin, B. Chernobilsky, E. Kuna, A. Speizman, R. Zelichonok.

También está aprobado el permiso para la emigración de la URSS para **J.Latinsky**.

Algunos de los que están anotados en la lista ya salieron de la URSS (Y.Vilge, A.Kogan, E. Grechanovsky).

La restricción de emigración sigue vigente por ahora solamente en relación de N. Uspensky.

Al mismo tiempo los familiares de V. Dashevsky, V. Meshkov, I. Roitman se oponen contra su salida de la URSS para lo cual no existen ningunos obstáculos políticos.

Aprovecho la oportunidad para renovarle al Señor Senador las seguridades de mi mayor consideración.

IGOR LAPATEV

Embajador de la URSS

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A GOLDA MEIR

26 de Setiembre de 1991

Sr. Ministro

Sr. Intendente Municipal de Montevideo

Autoridades de la colectividad, nacionales e internacionales

Compatriotas, legisladores, amigos:

En nombre del Gobierno de la República tenemos el gran honor de contribuir al realce de esta ceremonia y manifestar con nuestra presencia el

apoyo a todo lo que aquí se ha dicho y a lo que representa la figura de Golda Meir en la historia de Israel y de la humanidad.

Y creo que pocas veces se puede decir con tanta propiedad, más allá de lo jurídico, que es en nombre del pueblo y del Gobierno de la República que se hace uno de la palabra, porque si en alguna causa los orientales hemos encontrado siempre un punto de coincidencia, es en la defensa permanente de los derechos del pueblo judío a su existencia como nación y como Estado independiente.

Estoy seguro que Golda Meir estará espiritualmente asistiendo a esta ceremonia y muchas cosas le gustarán de la misma. En primer lugar, y no quiero interpretar a los artistas, le gustará la simbología de este monumento que viene a adornar nuestra ciudad, porque desde mi comprensión veo en él la combinación de la serenidad de sus aspectos pulidos, pero sobre todo la rusticidad y la fuerza que tienen los trozos que hablan un poco de destrucción, pero de trozos que subiéndose uno encima de otro llegan hacia la altura, para culminar en dos páginas de un libro que no puede ser otro que el nuestro, aquel que nos ha marcado desde el principio de los tiempos, desde el día en que nuestro padre Abraham inició su camino, como una identidad cultural, ética y religiosa en la historia del mundo.

Le gustaría hoy, estoy seguro, que fuera en Montevideo y en el Uruguay, país que ella quería, y yo agregaría que también esta parte de Montevideo, cerca del río que trajo a nuestros antepasados inmigrantes, que vinieron aquí con la fuerza de su deseo de vivir en paz, con su espíritu de trabajo, y que lo dieron, todos ellos, el sabor, el color y la sustancia a la sociedad tolerante que llamamos República Oriental del Uruguay.

Estoy seguro que le gustaría mucho que fuera en el momento en que las naciones recapacitan sobre la tremenda injusticia y sin sentido de la aprobación de la Resolución 3379, de la que hoy estamos impulsando, junto a otras naciones, no solamente su derogación jurídica, sino en que se reasuma por parte de la comunidad internacional el acto de violentamiento del idioma y de los conceptos esenciales que fue el pretender igualar al sionismo con el racismo.

Estoy seguro de que le gustaría quizá por encima de todo eso, a la maestra Milwaukee, que estén las escuelas con sus niños y sus banderas aquí, porque antes de ser quien fue públicamente, y lo recordamos, ejerció la más alta de las tareas que los seres humanos pueden realizar, que es la de la enseñanza, la docencia.

Y estoy seguro que en el fondo, aún en sus momentos más rutilantes de prestigio internacional, tenía, como deben tener todos los docentes, nostalgia por el hecho paciente y perenne de la siembra de conceptos y de valores que es esencia la enseñanza.

Estamos, pues, hoy homenajeando a alguien que representa los valores que queremos poner de destaque, y entonces hacemos algo más que homenajear a un ser humano que tuvo su trayectoria vital, al igual que los demás, sino que enaltecemos y ponemos de manifiesto ante quien sea, dentro y fuera del país, los valores a los que puso al servicio de su vida esta gran mujer, que son los que permanecen, que son los que quedan después que la oración del Kadish, ha señalado el fin de la vida, para mostrar que es cierta la promesa que se nos formuló, de que no habría un triunfo para la muerte, sino que espiritualmente viviríamos siempre.

Estoy seguro, estimados compatriotas, de que similares sentimientos son los que anidan en ustedes, pero también es cierto que hoy debemos

reafirmar que si estamos dispuestos a que se cumpla la enseñanza de las Escrituras y estamos dispuestos a que las espadas se conviertan en rejas de arado, pero para que haya arados tendrá que haber espadas y no cesará la vigilancia hasta tanto y cuanto esos arados no tengan que devenir nuevamente espadas. Este compromiso todos lo entendemos y así lo proclamamos.

Conferencia: “*el guardián de mi hermano*”

Bruselas, Julio de 1992

Desde los comienzos de la historia, la Humanidad está escuchando esa pregunta. No se ha podido encontrar una expresión más sucinta ni más clara para ubicar en el centro de nuestra civilización y ética el primero de

los deberes del ser humano: amarse y cuidarse los unos a los otros. Miles de años más tarde, Jesús dio la medida real y profunda de compromiso de los deberes del guardián: “*Ama a tu prójimo tanto como a ti mismo*”. Es el tipo de amor que Pablo considera fundamental para el logro de una vida plena y para dar sentido a todos nuestros emprendimientos.

Es precisamente de ese amor, de esa clase de sentimiento hacia nuestros hermanos, que se trata esta reunión. En una época de cambios profundos, y de grandes convulsiones -¡qué lejos estamos de un supuesto orden mundial!- de matanzas, de odios y de militancias en el odio, hemos venido a responder al Señor que sí, que somos los guardas de nuestros hermanos.

Aunque su color de piel sea distinto, somos sus guardas; aunque sus dioses sean de una fe distinta, somos sus guardas.

Hemos callado demasiado tiempo y la marca de Caín se ve claramente en nosotros.

¿Qué es lo que estamos haciendo, entonces, reunidos hoy en esta ciudad? ¿Qué puede hacer esta Asamblea de sacerdotes, de rabinos, de políticos, de activistas sociales, de Jefes de Estado y de Gobierno con miras a “*construir una sociedad justa?*”

Desde cierto punto de vista estamos idealmente ubicados: el gobierno, la fe, la conciencia social, son partes de nuestro diario quehacer. Pero, ¿Hemos pensado lo suficiente en el tipo de sociedad que ya tenemos como para comenzar a pensar en cambiarla?

Si no es así –y en mi caso no lo es- expliquemos a nuestros propios hijos los motivos profundos de las situaciones en Sarajevo, Karabaj, Sudáfrica y tantos otros lugares. ¿Por qué intentamos cambiarla?

Podemos hacer un examen todo lo largo y profundo que queramos en busca de las causas de la crisis que estamos viviendo ahora. Es, sin embargo, relativamente fácil describir las metas que deseamos alcanzar, pero el verdadero desafío, la prueba más severa de nuestro compromiso es cómo hacerlo. El qué hacer es la parte más fácil de los problemas sociales; la dificultad real siempre ha sido el cómo.

La ingeniería social no sirve. Se ha intentado esa vía y vemos que a veces el odio, el odio racial surge en medio de la prosperidad.

La educación por sí misma no parece ser suficiente. Incluso ha habido, provenientes de los niveles de educación elevados de una sociedad, supuestas justificaciones de conductas aberrantes.

La religión en cuanto a lo que enseña es una cosa, pero históricamente a menudo ha sido el motor blasfemo de las peores persecuciones.

Las leyes y los decretos, aún cuando sean buenos, no pueden cambiar los sentimientos, y la justicia humana sigue sus propios senderos serpenteantes.

Los medios de comunicación por regla general no han llevado su tremendo poder al frente de batalla al servicio de estas causas.

¿Dónde buscar entonces? La respuesta, queridos amigos, la encontramos en el interior del hombre, en el interior de la mujer.

No hay cambios reales a la vista si no comenzamos por hacer un acto de introspección, de autocrítica. La Biblia está en lo correcto: se trata de mí y de mi hermano, no mi Iglesia y mis hermanos, o mi partido o mi país y mi hermano. Ni bien pasamos al plural, eludimos nuestra propia e

intransferible responsabilidad. La manera más fácil de diluirla es sumergirla en generalidades sin rostro, anodinas, en lugar de ir a lo particular.

Como líderes comunitarios podemos y debemos crear el entorno adecuado para el cambio. Los medios de comunicación pueden generar un sentimiento social de esa índole, pero la decisión última es nuestra, y sólo nuestra.

¿Qué sociedad es justa? Más allá de la dimensión aristotélica del concepto, normalmente somos conscientes de las carencias de nuestra propia sociedad en ese sentido. Desde el gobierno hemos intentado – muchas veces con éxito- crear un nivel de mayor justicia, sea en cuanto a las oportunidades sociales o a la atención a los discapacitados o a los adelantos en la educación. Pero los avances en ese campo se ven opacados por las deficiencias en valores más terrenos, como por ejemplo las relaciones con los vecinos o el conocimiento de la diversidad propia de los seres humanos que nos rodean. Parece extraño que algunos de los actos más frecuentes de discriminación surjan en países prósperos donde ya casi han desaparecido las necesidades materiales.

A fines de este siglo y de este milenio, advertimos una clara señal: hay confusión en los valores morales. La brecha entre los logros materiales y las normas morales se agranda. Ni siquiera la peligrosa situación por la que atraviesa la totalidad de la biosfera, nuestra ancla en el espacio, es capaz de hacernos entrar en acción.

Ni siquiera un siglo entero – casi entero- de crímenes, el siglo donde más matanzas hubo en la historia de la humanidad, el siglo del holocausto, de las purgas stalinistas, de la masacre de los armenios, de la matanza de seres humanos de piel blanca, negra, oscura y amarilla, ha logrado hacernos

reflexionar acerca de la principal causa de estos acontecimientos: el odio que prospera en nuestra vida.

Abundan formas más sutiles de discriminación, que son más difíciles de eliminar porque tienen raíces en los hábitos sociales, en las prácticas burocráticas, en ínfimos matices legales.

En mi opinión, hermanos, es necesaria una cruzada moral. En primer lugar dentro de nosotros mismos y en el seno de nuestra familias.

Hay que proteger a las escuelas y a la educación para evitar que se vuelvan fuentes de discriminación; las acciones de gobierno, los medios de comunicación deben transmitir nuestra disposición para luchar por esta alta cusa moral.

Hace sesenta o setenta años, nuestros progenitores vieron señas similarmente inquietantes en diferentes países. El apaciguamiento y la falta de voluntad para enfrentar este mal potencial hicieron posible que los acontecimientos tomaran el rumbo que tomaron. Muchos crímenes podían haberse evitado si la mayoría no hubiera optado por el silencio. Nuestra obligación moral es estar alertas, decir lo que debemos, proclamar nuestras creencias. Si no lo hacemos ahora, quizás nunca podamos.

Digamos todos –con nuestras palabras, pero mucho más elocuentemente con nuestros hechos- *“Yo soy el guardián de mi hermano y lo que le hagas a él me lo haces a mí”*.

Él es como yo, una creación única de Dios, única en toda la extensión temporal, distinta de todas las demás, con un futuro y un potencial que le son propios, pero al mismo tiempo es mi hermano. Yo soy su guardián y él es el mío.

LA MARCHA POR LA VIDA

BIRKENAU, ABRIL DE 1994

I, Luis Alberto Lacalle, President of Uruguay will light this torch as a symbol of the struggle of Humankind against anti-Semitism, racism, Nazism, tyranny everywhere and denial of the Holocaust.

(El Presidente Lacalle enciende la antorcha)

Brothers and sisters: I come from the other side of the world, from South America, in the name of my Government and people, to share the memories of the Jewish community that found in my country shelter, tolerance, freedom and the possibility to develop their skills and lives unheeded.

We come here to grieve, of course, thinking of those lives taken away when they were children, before they knew the harsh realities of life; of those killed at the end of their lives, deprived of a peaceful death; of those mowed down in the prime of their lives, when they were able to give their families and countries their contribution. We come to pray to God Almighty, the God of our fathers. We come to think about the possibility of numbness of the ethic, the values of certain countries and people and leaders that enabled them to direct the policy of extermination of this people that had only a different faith, a different name, a different way of looking at things, a different nationality.

We do come here also to remember, because one thing is forgetfulness and one thing is forgiveness: we are not going to forget. We are very much distressed, we are very much preoccupied because once again –just as our father`s generation did- we are seeing the handwriting on the wall. Are we prepared not to read it? Are we prepared once again to look away? To say once again “*It does not concern my family, my country?*” Are we prepared not to read the writing on the wall? Are we prepared to live through these horrors once again?

That is why I come, in the name of my country, to this March of the Living to say once again that “*lejaim*” will go on being the triumph of life over death. We are prepared to raise our voices and consider the signs of the times that are being shown to us, lest we forget that these things should never happen again anywhere in the world.

The organizers have asked me to say some words in Spanish.

---0---

Quiero saludar desde aquí a las delegaciones de México, Argentina, Brasil, Venezuela, Colombia y a mis compatriotas orientales. Nuestro continente, que ha abierto sus brazos a los inmigrantes; nuestro continente, que sigue siendo lugar de paz; nuestro continente, que sigue teniendo colectividades judías integradas en su vida, está acá representado por estos jóvenes que han venido a decir, igual que nosotros, que una cosa es perdonar y otra olvidar y que no estamos dispuestos en nuestra generación a no saber leer la escritura en la pared que, al igual que la Escritura Sagrada, nos indica que pueden renacer el anti semitismo y el racismo y que puede renacer un concepto como el de “limpieza étnica”, cuya mera utilización diaria en los periódicos avergüenza a la humanidad. Porque no vamos a olvidar que también estamos aquí, desde América Latina, diciendo que “*lejaim*”, *la vida*, va a triunfar sobre la muerte.

El sentido es algo más que una recordación, algo más que el análisis de un hecho histórico tremendo y realmente conmovedor. El sentido con que hemos venido es de alarma ante los indicios de que el antisemitismo, el racismo y la intolerancia, evidenciados en términos tales como “limpieza étnica”, puedan ser utilizados nuevamente en los umbrales del siglo XXI.

Por tanto, a este magnífico episodio de congregación de jóvenes, sobre todo, le damos el alcance de un aviso y un anuncio de que no debemos cejar en la custodia de los valores que están a nuestro cargo, porque corremos peligro de que se reproduzcan en nuestro mundo y en nuestra civilización episodios tan tremendos como el que se conmemora aquí.

Es con ese sentido –el de no olvidar lo ocurrido y luchar contra esos sentimientos negativos en todas las sociedades- que hemos asistido a esta recordación y a ésta que tan apropiadamente ha sido llamada “*Marcha por la Vida*”.

EL MEMORIAL DEL HOLOCAUSTO

DISCURSO PRONUNCIADO EL DÍA DE SU INAUGURACIÓN

NOVIEMBRE DE 1994

Creo que debemos comenzar por una precisión terminológica. Desde el momento en que un grupo de ciudadanos concibió, y luego la comunidad entera a través de sus poderes constituidos apoyó, la idea de erigir sobre la costa este Memorial hicimos hincapié en la palabra “*Memorial*”. Si bien los monumentos se construyen y erigen para servir de apoyo a la memoria, este queríamos –queremos, quiere todo el país- que sea llamado “Memorial”, porque nace de algo más que la circunstancia de recordación de los horribles episodios de hace cincuenta años. Surge de una preocupación mayor: la de advertir en la sociedad actual y en muchos lugares del mundo, la aparición de señales de similar noción de intolerancia, de racismo, de exclusión, que nos hacen temer que la memoria colectiva de las naciones haya sido demasiado frágil.

De ahí que usemos la palabra “*Memorial*”, para que no pueda mencionarse este punto de la ciudad sin hacer apelación al recuerdo, a la memoria. Esta es, por cierto, algo más que una facultad de la mente humana: en los episodios como éste es una obligación del alma humana. De ahí que estará instalado en nuestra ciudad de ahora en adelante este que llamaremos el “*Memorial*”, para que el sólo hecho de mencionarlo nos obligue a recordar para que no vuelvan a ocurrir episodios como éstos.

Luego, creo todos comprendemos, pero puede servir de apoyo para estas mis palabras, el simbolismo que tan bellamente los arquitectos han logrado imprimir a esta construcción. Va de suyo que el muro, que es en sí ya toda una definición, es el basamento, el punto de referencia del Templo de Jerusalén y el punto de referencia de nuestra cultura judeocristiana y de nuestras creencias religiosas.

Esta vez se han permitido los arquitectos la imagen tremenda de que ese muro tenga una interrupción, tenga un corte, que ustedes apreciarán cuando luego transiten por este “*Memorial Vivo*”. Es la *Shoá*, el gran “*viento de destrucción*”, de aniquilación, que intentó cortar –y que por un momento quizás transitó la sensación de que había cortado- la milenaria tradición. Entonces, en estos volúmenes contruidos con noble granito rojo, tan típico de nuestro país, verán ustedes el intento del corte, la duda, la dificultad de ver el horizonte, pero luego la continuidad y la serenidad posteriores.

Su ubicación frente al “*río grande como mar*” tiene un doble simbolismo. Por un lado, mirando hacia ese río, hacia ese mar, los trozos de granito se imponen al agua, simbolizan la apertura del Mar Rojo para el paso del pueblo, simbolizan el acto de liberación tradicional y antiguo de la potestad divina abriéndole camino al pueblo para que llegara a su realización. Mirando desde nuestra rambla hacia el río, esos dos trozos que hace instantes decíamos, prefiguran el corte, la muerte, la interrupción parecen puertas abiertas, canal, vía, paso, tránsito hacia el más allá, la libertad y la realización.

Pero también, mirando desde el río hacia nuestra tierra, hay otro simbolismo que todos comprendemos: el de la llegada de los inmigrantes. Todos, algún día, a esta tierra llegamos desde todas partes del mundo y por eso las puertas, ahora vistas desde el otro lado, representan el ingreso a esta tierra de paz, de tolerancia, de respeto y de libertad que hemos ido edificando. Hay, por tanto, material para la meditación, para la reflexión, la rememoración, que ustedes apreciarán cabalmente.

Hoy está éste nuestro “*Memorial*” poblado de gente. Quizás todos tengamos un día que venir solos a visitarlo, porque creemos que esa será la

manera de apreciar no sólo la belleza sino de sentir la influencia que puede y debe ejercer sobre las mentes y sobre las almas.

En una tarde plácida, en una puesta de sol como la que tendremos dentro de un instante, será lugar propicio para la serenidad, para la paz, para la reflexión; en días de tempestad, cuando el río se encrespe y golpee sobre estas piedras y lleve quizás a pensar que intenta quebrarlas como el mal ha intentado derrotar al bien será tiempo propicio para la reflexión acerca de la permanencia del mal pero sobre todo del definitivo triunfo del bien.

Yo los invito a que, cada uno en su momento, sea partícipe de esa experiencia de caminar en la Plaza de la Meditación, de pasar las dificultades simbólicas que intentan romper la línea de continuidad del muro, porque aquí vamos a oír todos, alguna vez, otra vez, como para reasegurarnos, “*Escucha Israel; sólo hay un Dios, tu Señor*”. Aquí vamos a decir que si se escribe de nuevo sobre la pared una advertencia, esta vez la vamos a comprender y aquí vamos a decir como decimos en nuestra celebración de las luces de Janucá: aunque el aceite puede parecer que no alcanza y la llama, dudar y vacilar, siempre la llama triunfará sobre la oscuridad.

---0---

ENTREGA DEL PREMIO JERUSALEM 3000

10 DE AGOSTO DE 1995

Se cumplió en la sede del Carrasco Polo Club el viernes 28 de Julio de 1995 la ceremonia de entrega al ex Presidente de la República Dr. Luis Alberto Lacalle, de la distinción “*Jerusalén 3000*”, instituida por la Casa Argentina-Israel Tierra Santa. A tales efectos llegó una jerarquizada delegación desde Buenos Aires y dos de sus directivos, el historiador José Ignacio García Hamilton y el presbítero Horacio Fidel Moreno, a cuyos conceptos nos referimos en nuestra edición anterior, brindaron al homenajeadó el galardón jerosolimitano. Hoy ofrecemos el texto completo del discurso pronunciado en la oportunidad por el Dr. Luis Alberto Lacalle, que invita a la reflexión.

---0---

Discurso del Dr. Luis Alberto Lacalle

Señora embajadora de la República Argentina en Montevideo, Señor Presidente de la Casa Argentina –futura casa de América Latina- en Jerusalén, autoridades de las distintas organizaciones que están aquí presentes. Señor Comandante en Jefe de la Armada, señores legisladores, compatriotas, visitantes y queridos amigos:

Quiero en primer lugar, en esta oportunidad, mencionar a todas las personas que en los años de descubrimiento personal, espiritual, de la profunda raíz judeo-cristiana que me ha formado, me acompañaron, hoy hasta aquí, y tenemos presente entre nosotros al Señor Nuncio Apostólico, que representa la Iglesia Católica en la que nací y en la que fui formado. Pero quiero tener una recordación muy particular hacia quienes me inculcaron esa fe, los Padres Jesuitas, porque enseñándome a profundizar en la Escritura abrieron el camino para la comprensión cada vez más profunda de nuestra raíz común. Y quiero tenerlos a todos muy presentes, a los que me han acompañado en todas esas etapas de mi vida. Cuando los voy mirando, los voy reconociendo a todos ellos. Han sido compañeros en el descubrimiento íntimo de la judeidad, que era la de mis mayores, y que es el sustento fundamental de la ética judeo-cristiana a la que hemos pretendido servir en lo privado y en lo público. Y quiero, porque no podría nombrarlos a todos aunque todos ellos saben las horas que hemos pasado juntos, el recíproco gozo de descubrimientos que hemos tenido cuando íbamos inquiriendo en las raíces más profundas de nuestras creencias y de nuestro ser, concretarlo en un nombre, de uno de los patriarcas de la colectividad que es Don Chil Rajchman, que aquí está presente como un testimonio de vivo de fe, de coraje y de permanencia de los valores judíos entre nosotros.

Estamos, estimados amigos, terminando un siglo tremendamente negativo desde el punto de vista de la humanidad. Se me dirá que hay del otro lado, en el otro plato de la balanza, suficientes cosas como para poder colocar, y que eventualmente la superioridad del peso del progreso, de los beneficios, de las cosas buenas, pueda quizá –quizá- hacer que no se precipite el platillo del mal, pesando mucho más. Dudo que así sea. Porque todo el progreso, que generalmente es materia aunque lo espiritual

también, no puede borrar ni compensar la presencia tremenda del mal entre nosotros. Y los episodios que ha vivido la civilización, que ha vivido la humanidad durante el siglo XX; son representativos del mal; ese mal que filosófica y aún teológicamente alguien ha pretendido decir que no existe, pero cuyo rostro hemos visto todos nosotros objetivado cuando mirábamos los hornos de Auschwitz el día que nos tocó encabezar la *Marcha de la vida* y caminar desde Auschwitz hasta Birkenau con muchos de ustedes. Este siglo que comienza con el genocidio armenio, que va a estar presente siempre entre nosotros como otra de las manifestaciones del mal; que continúa con la persecución y el genocidio de la Unión Soviética y del área comunista, donde naciones enteras son deportadas y perseguidas; y que lamentablemente, hoy, en la “*limpieza étnica*”, esa blasfemia que repetimos sin darnos cuenta lo que quiere decir, continúa; hoy hermanos nuestros están sufriendo en el medio de la convulsionada zona de los Balcanes, hoy mismo estamos aceptando que las palabras “limpieza” y “étnica” se junten y las aceptamos para describir una actitud en que considere un ser humano que otro es sucio y debe ser eliminado porque ensucia con su presencia, nuestros hermanos musulmanes perseguidos en el lugar donde están hace siglos. Entonces, ¿qué otro balance que el negativo podríamos hacer de nuestra civilización y de nuestra humanidad cuando estamos cumpliendo los últimos tramos del siglo XX?

Sigue habiendo quienes se preguntan, inquiridos por el propio Dios, “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Sí. Es la única respuesta. Somos los guardianes de nuestro hermano. Porque preguntando Caín acerca de su responsabilidad ni siquiera se atrevió a decir que no. Elípticamente lo señaló: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”, y la respuesta que debe provenir de nuestra fe en los que creemos, y de nuestra convicción filosófica en quienes no tengan la bendición de la fe

pero si crean en ciertos valores, es *Sí, soy el guardián de mi hermano*".
¡Y que pocos guardianes tienen hoy nuestros hermanos!

No pensamos además, estimados amigos, solamente en el episodio que por su espectacularidad ingresa por la televisión, por el diario o por la radio. Pensemos en todas las veces en que hemos hecho una diferencia porque el otro era "otro", porque pensaba distinto, porque su apellido es distinto, porque su color es distinto, porque reza distinto, no reza, deja de rezar que hasta hoy, aquí mismo, sabemos que existe.

Entonces, cuando de esta manera nos inclinamos sobre los episodios que nos ha tocado vivir, el balance no es posible, Porque increíblemente, en la distorsión total de lo que es el orden internacional, habíamos visto a las Naciones Unidas equivaler sionismo con racismo, e importante mayoría de países levantaban sus manos para decirlo. Y tuvimos que luchar, y digo tuvimos porque lo hicimos junto a otros compatriotas, desde la famosa reunión de Porto Alegre y nuestros planteamientos en el Senado, hasta haber tenido el honor de patrocinar desde el gobierno la derogación de la Resolución 3379. Pero convivíamos con decisiones de organismos que decían que el sionismo era igual que racismo, que si algo es una "*contradictio in re*" es eso; lo vivimos, fue hace poco que se logró esa derogación. ¡Pobre Organización de la Naciones Unidas, hoy sumida en esa impotencia en la que realmente no nos damos cuenta que los ecos son los de Munich de 1938! No nos damos cuenta que alguno quizás va a sacudir un papel diciendo "¡la paz en nuestro tiempo!" Pero no es cierto. Lo que hoy ocurre en Europa es muy similar a lo que ocurrió hace 60 años. Y la comunidad internacional, los organismos de la comunidad internacional, las grandes potencias, serán tenidas como responsables si se borra de la faz de la tierra a la suciedad étnica que otros pretenden que existe, porque eso

no va a quedar ahí. Estamos viviendo la misma indiferencia que decíamos a los queridos amigos que nos acompañaban en el proyecto del Memorial del Holocausto: vamos a erigirlo no tanto por dejar en la ciudad un trozo de piedra que conmemore algo, sino como una voz de alerta, para que cada uno que pase por la Rambla –y por eso nos gustaría que se viera más, que fuera más imponente y hemos pensado en agregar una gran Menorá allí, para que su luz durante la noche y su silueta durante el día recuerde, recuerde, y para que cada uno que pase por la Rambla recuerde. No está reñido el recuerdo con el perdón. Pero no podemos caer en la misma indiferencia de la época de nuestros padres y abuelos, cuando el mundo no quería creer las cosas que ocurrían. Y hoy el cadáver de una niña adolescente ahorcada por sus propias manos en un árbol es tan imponente como las manitos levantadas del niño del Ghetto de Varsovia. Y tenemos que poner esa foto y mostrarla a nuestros hijos, para que tal como dicen los monumentos de la guerra del 14 que abundan en la campiña inglesa, “*Lets we forget*”, “*Para que no olvidemos*”. Hoy esa niñita que resolvió privarse de su vida es tan simbólica como aquel niño con su gorra y sus manitos levantadas sin saber qué era lo que pasaba en el mundo, que marchaba hacia un destino que no conocíamos. Hoy estamos de nuevo en el tema: ¿Somos los guardianes de nuestro hermano? Resuenan en nosotros las palabras del profeta Hillel “*Ama a tu prójimo; todo lo demás es interpretación*”, que prefigura en pocos años las palabras de Jesús, “*Ama al prójimo como a ti mismo*”. Es lo mismo, pertenecemos a esa misma categoría espiritual, humana, filosófica. Y por ello, en nombre de un país que cree sincera y profundamente en estos valores, cuando tuvimos el honor de poder hablar en nombre de ese país por el voto de nuestros compatriotas, creemos que pocas veces pudimos haber reclamado tan nítidamente la representación nacional como las veces en que en algo

pretendimos que estos conceptos, estos valores, se defendieran, se previeran males mayores, y en la costa de nuestra ciudad un montón de piedras casi tan doradas como las de la Ciudad Santa representarán, miradas hacia el río, el cruce del Mar Rojo, la superación del obstáculo natural, y miradas desde el río hacia la tierra, el ingreso de los inmigrantes que fueron nuestros mayores y que aquí encontraron paz y oportunidad.

Estamos entonces, estimados compatriotas y visitantes, particularmente conmovidos ante este homenaje. Quiero recordar al salmista, al que tantas veces le pedimos prestados sus conceptos en la Misa dominical, para decir *“Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén”*. Esa Jerusalén que tantas veces pintó nuestro querido Zoma Baitler, que supo pintarla desde el arrebol del amanecer, cuando el color de la piedra tiende a ponerse levemente rosa, hasta el momento del mediodía cuando refulge como oro aquella piedra magnífica, milenaria, tres veces milenaria.

Esa ciudad que físicamente tanto nos dice, tanto nos impacta, pero que también en el concepto de Santo Tomás es prefiguración de la otra, de la Jerusalén celestial, a la que estamos convocados por el Padre algún día. Esa Jerusalén que 3000 años va a contar desde el tiempo del Rey David, y que nos va a convocar a episodios culturales, religiosos, del gozo tremendo de poder tenerla, unificada, única capital del Estado de Israel, pero capital espiritual del mundo, de las religiones monoteístas que cuando nuestro padre Abraham resolvió iniciar su peripecia produjeron el cambio cualitativo más grande de la historia del mundo, que fue introducir el concepto del Dios único.

Nada hay más importante como episodio humano que la asunción de que la Divinidad, que por definición debe ser una, se convertía en el eje de la historia.

Por eso, cuando estamos ingresando en estos 3000 años de Jerusalén, recibimos con particular emoción esta Distinción, que como tantas que reciben los Presidentes debería ser cortada en pequeños pedacitos para que la pudieran esgrimir, lucir, todos los ciudadanos de esta tierra bendita, tierra nuestra de paz y de concordia.

Es en ese carácter, señores, que yo recibo, aplicándome el antídoto a la siempre presente vigencia de la vanidad, que puede a veces hacernos suponer que los Premios que se reciben son merecidos. Yo diría que son siempre a crédito, como estímulo para hacer más cosas, para profundizar o elevar más las cosas que no ha hecho.

Esto es cierto, lo sentimos así en todo momento, aun en aquellos en que parecería que las fuerzas del mal están desatadas en la sociedad, en el mundo, en nuestro propio país, y cuando uno cree que van a prevalecer los valores negativos, los sentimientos perversos y rastreros y bajos. Uno sigue creyendo que al final la cuenta va a ser la que se nos ha prometido. Y entonces no estaremos nosotros en la Jerusalén de piedra, no podremos disfrutar del índice de sus cipreses señalando el cielo, del perfume de sus rosas, de los atardeceres y de las noches de esa ciudad fantástica, sino que estaremos en la plenitud de los tiempos. Y seguiremos sintiendo la voz que nos dice *“Shemá Israel”, “Escucha Israel...”*.

NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

Discurso pronunciado por el Dr. Luis Alberto Lacalle Herrera -1995

Señor Presidente de la B'nai B'rith, señor Vicepresidente de la República, señores Ministros de Estado, señor Secretario de la Presidencia, señores legisladores, señor Intendente Municipal de Montevideo, autoridades de las organizaciones judías, señores Rabinos, señores Obispos y representantes de las distintas denominaciones religiosas, señor Embajador de Israel, compatriotas:

Cristales rotos, humo, destrucción, quema de templos, quema de libros, desolación. Los hemos visto a través de fotografías, de documentales, pero sobre todo, hemos tenido por esa *Noche de los Cristales* una permanente vivencia de la primera causa eficiente de un proceso de horror que culminó con el Holocausto, *la Shoá, el “viento devastador”*. Ese introito que hoy conmemoramos, lo hemos leído, lo hemos visto a través de fotografías y documentales y sobre todo, lo hemos recordado. Pero cabe que nos preguntemos cuántas *Kristal Nacht*, cuántas veces ese episodio, cuántas veces para nuestro pueblo, el pueblo de Israel, cuántas veces para otros pueblos, cuántas para la humanidad, cuántas en

este siglo XX, que parece llevar el premio y la primacía horrorosa de haber superado todos los límites conocidos hasta ahora.

Sabemos de los tremendos enfrentamientos que ha tenido la humanidad desde el pecado original, guerras por el poder, de conquista, por lucha de mercados. Pero la inmoralidad de la lucha que proviene de los enfrentamientos por razones religiosas, por pertenecer a otro pueblo o a otra parte de la humanidad son los que convocan nuestro horror más especial, sobre todo para quienes somos creyentes: las guerras de religión, las guerras entre denominaciones cristianas, la inquisición, las formas de enfrentamiento entre la cristiandad y el Islam, que seguramente son de las que más víctimas han cobrado.

Pero este siglo XX, nuestro, que estamos culminando, quizás tiene la dudosa distinción de ser particularmente rico en este tipo de acontecimientos. El genocidio armenio de 1915, la Shoá, la destrucción de pueblos enteros por el stalinismo, y ahora el nuevo término horroroso de limpieza étnica, usado hasta la banalidad, hasta la horrorosa banalidad de un párrafo en las noticias que leemos o escuchamos todos los días.

Esto produce, hermanos, un peligroso acostumbramiento. Cuando las palabras pierden su significado profundo se corrompe el lenguaje, y la corrupción del lenguaje es la más peligrosa porque impide o hace más difíciles las distinciones entre el bien y el mal, porque introduce en las zonas grises de la moralidad lo que tiene que ser claramente delimitado. Ese acostumbramiento, que es peligroso, lo queremos combatir y lo combatiremos con la memoria, con la recordación. Lo decíamos en la inauguración de nuestro **Memorial**, queremos que esto sea, no un monumento sino un memorial, como esos que todavía pueden verse en la campiña inglesa, sobre todo relativos a la Primera Guerra Mundial, donde

dice muy comúnmente “*Lest we forget*” -*para que no olvidemos*”- Esa memoria es la que queremos que permanezca viva entre nosotros, y hoy particularmente cuando hemos entonado las magníficas palabras del *kadish*, que siendo un canto de alabanza lo usamos para recordar a nuestros muertos, cuando lo entonamos por nuestro hermano Itzjak Rabin, que puede estar incluido entre los bienaventurados porque ha sido de los que luchan por la paz.

Tenemos una nueva faceta para nuestro horror. Este episodio sangriento que ha conmovido al mundo ha tenido un ingrediente agregado. Hubiéramos, en la suerte de la atonía de los sentimientos que produce el acostumbramiento del horror, sentido un estupor ante la muerte de este hombre si hubiera provenido su muerte de quienes eran sus adversarios en la confrontación milenaria que vive el Cercano Oriente. Pero hemos tenido una renovación del sentido del horror cuando ha venido, la mano asesina, dentro del propio pueblo de Israel. Esto nos demuestra que no hay lógica para el terror, no la hay. No la hay ni la habrá, y por ello la vigilancia frente a él tiene que ser permanente y en todos los campos. Esta verdadera perversión de la fe, que ha llevado a un joven a segar esta vida del primer ciudadano de Israel, nos hace centrar nuestras reflexiones de hoy, ya no sólo en los episodios que podemos lamentablemente señalar a lo largo de este siglo XX hasta nuestros días de ayer, sino centrarlo en la tremenda presencia del mal. Sin adentrarnos en temas teológicos, pero sí a partir de nuestra fe, debemos razonar acerca de la presencia del mal, que desde la caída primera es compañero de la humanidad. Ese concepto que aprendimos desde que nacemos es preciso renovarlo. El mundo es el escenario de la lucha entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Pocas veces ese mal se objetiva de manera tal como en el holocausto, como en la Shoá. Esa fue la reflexión que nos nació cuando encabezamos la *Marcha*

de la Vida, cuando tuvimos la estremecedora experiencia de estar caminando de un campo de exterminio hacia otro, ese terrible viento de destrucción que solamente una fuerza maligna y sobrenatural puede hacer nacer y permitir que continúe soplando. Solamente entendiendo la profundidad del concepto negativo de la fuerza del mal se puede entender lo que siguió después de la *Noche de los Cristales Rotos*, solamente entendiendo su raíz, el mal, podemos comprender el antisemitismo, la xenofobia, el odio del hombre por el hombre. A veces, increíblemente, nacido de concepciones religiosas que acentuaron las divisiones, trasmutando luego en pautas culturales, que a veces, hasta en el lenguaje utilizamos, sin darnos cuenta hasta qué punto logramos de esa manera insutilmente introduciendo los elementos de intolerancia en la vida cotidiana. Las más antiguas raíces de la discriminación hay que encontrarlas en la presencia real del mal, en la presencia cotidiana del mal. Lo más profundo de nuestra ética judeo-cristiana no puede borrarse, y ella es la lucha permanente y sin término hasta el fin de los tiempos entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, y lo que no podemos, tampoco, negar ni eludir es nuestra propia y personal participación en esa lucha. Nuestro propio y personal compromiso en esa lucha.

El éxito más grande de las fuerzas del mal es haber logrado mimetizarse, es haber logrado que alguien puede pensar que no existen, que el principio maligno se haya licuado, se haya camuflado, se haya mimetizado dentro de la sociedad. Debemos recordar que está en nosotros mismos y que tenemos que combatirlo, antes que nadie, en nuestros propios corazones. Somos todos agentes del gran drama que se desarrolla desde el día de la creación. Todos los días hay una *Kristal Nacht*, todos los días. Debemos recordar la tremenda frase de Caín cuando era buscado por el Señor “¿Soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?” y nosotros tenemos

que repetir *“Sí, soy el guardián de mi hermano”*. Esa es la diferencia ética que tenemos que incorporar a esta lucha, que tenemos que asumir como nuestra presencia y nuestro compromiso en el enfrentamiento entre el bien y el mal. *“Sí, soy el guardián de mi hermano. “Sí de la sangre de mi hermano”. “Sí de la vida de mi hermano”*.

La vida, ese don que por nuestra fe, y quienes no la tengan, por convicción filosófica, reconocemos como el valor superior, pero que quienes creemos sabemos que es única e irrepetible en los miles de millones de seres humanos, que es un acto de creación divina, distinto, separado, único y destinado a la vida eterna, la defensa de esa vida debe ser compromiso de todos, todos los días. Enfrentar a la muerte es enfrentar a las fuerzas del mal, a todas las clases de muerte. A la muerte que se produce por millones, como en la Shoá, a la muerte que se produce por millones en las demás tragedias que hemos recordado, pero también la muerte individual, pero también las otras clases de muerte. La muerte de la fama, la muerte del buen hombre, la muerte de la reputación. Cuántas Noches de Cristal no se producen cotidianamente toda vez que herimos la persona humana. Se mata quitando la vida, pero se mata también por desamor, por falta de la “caritas”, aquella que San Pablo erigía como la virtud cardinal de la humanidad. Y eso ocurre, estimados amigos, todos los días, es nuestra cotidiana Noche de los Cristales contra la que tenemos que elevarnos y levantarnos. Basta con quitar una vida, basta con menoscabar una virtud, con violentar las leyes de Dios o los hombres una sola vez para que nos convirtamos en los agentes del mal, y nosotros debemos ser, querer ser, intentar ser como individuos, cada uno de nosotros, agentes del bien y no agentes del mal. Evitar que el terrible viento de la Shoá sea un viento que sople cotidianamente. Ese viento terrible y destructor que parece que

va a vencer, que a veces logra apagar todas las velas de nuestra menorahs, pero que no logrará prevalecer.

Dice el Libro que el Señor dijo a Elías *“párate y ponte en el monte ante el Señor. Y el Señor pasó. Hubo un gran viento que partía montañas y quebraba los peñascos, pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, el terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. Fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Y después del fuego un suave murmullo. Cuando Elías lo escuchó se cubrió la cara con su manto, salió fuera de su cueva y se puso delante del Señor”*. Hasta aquí lo que nos el Libro, y decimos nosotros allí sí estaba el Señor, en un suave murmullo que pueda más que el viento destructor de la Shoá. De nosotros depende oír ese murmullo, de nosotros depende que supere siempre a la tempestad, porque seguimos diciendo y diremos siempre *“Shemá Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad”*.

¡LEJAM!

Prólogo del libro “*Un grito por la vida*”, de Chill Rajchman, en el que relata su estadía y huida del campo de exterminio de Treblinka.

Llueve en Treblinka en esa mañana gris. Lluvia mansa, sin ruido ni alegría, fina y pertinaz. No sopla viento ni los árboles mueven su follaje. Pasos, cuasi fantasmales en su silencio, nos llevan hasta el centro de lo que fue aquella máquina del horror.

Somos un puñado de uruguayos venidos en peregrinación a Polonia, a la Polonia maldita del nazismo y el Holocausto. Nos convocamos para asistir a la “*Marcha por la vida*” que unirá –a pie– los campos de exterminio de Auschwitz y Birkenau.

¿Por qué nuestra presencia entonces en Treblinka? Vamos a ser testigos de un episodio inolvidable, de un acontecer emblemático. Apoyándose en mí brazo pero a paso firme, con sus ochenta años bien llevados, camina un señor, un caballero a quien todos conocemos y queremos con el nombre de Chil Rajchman. Prestigioso hombre de

negocios del Uruguay, padre, y abuelo de uruguayos, no camina sin embargo por terreno desconocido. Hace cincuenta años llegó a Treblinka. Llegó con su hermana, con sus vecinos, para ser muerto, exterminado, aniquilado. Como lo fue su hermana, como lo fueron sus vecinos. Pero no él...

El relato, el estremecedor relato del porqué, es una de esas historias de coraje que llevan al llanto a los ojos y al alma, pero el orgullo y la serenidad al corazón y a la mente. Es la serena relación de cómo un puñado de valientes pudieron más que la máquina del horror, más que los verdugos alemanes, más que el ucraniano del látigo. Más que los perros, más que las ametralladoras, más que los alambres de púa. Más que la vesania, más que la locura, más que la muerte.

Por ellos, ante ellos, ante nosotros y nuestros hijos, sólo una palabra: *Lejaim*. Por la vida... vencedora de la muerte, obra de Dios, sagrada llama inextinguible del pueblo de Israel, de todos los hombres.

En el centro de las ruinas del campo nos congregamos. Sigue lloviendo mansa y persistentemente. La voz de Chil es firme pero baja. Se la oye sin embargo desde lejos. Los corazones apretados y los ojos húmedos. Las manos buscan las otras, fraternas, para transmitir compañía, para recibirla. Extrañamente por encima de esa desolación y de lo patético del relato que se desgrana, surge desde la sangre más antigua una fuerza tremenda y cálida, que remacha y reafirma las esencias del ser. Y con el salmista repetimos:

*“Me rodearon ligaduras de muerte,
y torrentes de perversidad me atemorizaron.*

Ligaduras del Seol me rodearon,

Me tendieron lazos de muerte.

En mi angustia invoqué a Jehová

y clamé a mi Dios,

El oyó mi voz desde su templo,

y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos”.

{Salmo 18}